

1.

Es la última noche de las vacaciones de verano. Mañana tenemos que volver a la escuela y, por tanto, a la tortura infinita de un nuevo curso escolar. Musti, mi mejor amigo, y yo ya hace rato que estamos sentados al fondo del solar abandonado en el que nos reunimos siempre que tenemos que hablar de algo importante. Y hoy, sin duda, tenemos que hacerlo.

Necesitamos un plan para evitar que, a partir de mañana, vuelvan a encerrar nuestra libertad en un horario lectivo.

Un plan que, además, nos ayudará a ganarnos la admiración de nuestros compañeros.

El problema es que, de momento, no tenemos ni idea de qué podemos hacer. Pero tenemos que pensar en algo, ¡y rápido!

Normalmente, en situaciones como esta puedo confiar en mi amigo Musti. En realidad, Musti se llama Mustafá y se considera una especie de rapero *gangsta* del estilo de Ice-T o Snoop Dogg. Aunque más se parece a Israel Kamakawiwo'ole. Ya sabéis, ese hawaiano que está más gordo que un tonel. Cuando ha-





bla, Musti dice continuamente «¡Claro, tío!» o «¡Eh, tronco!», mientras hace movimientos extraños con las manos y estira los dedos. Su mayor preocupación es ser guay y parecer un golfo, aunque eso no cuela de ninguna de las maneras porque su padre tiene una gran empresa, su madre es maestra y viven en una casa enorme. Así que, de golfo, nada de nada.

Pero, en cualquier caso, es un tío legal del todo, digno de confianza.

De repente noto cómo una idea genial comienza a darme vueltas en la cabeza, miro a mi amigo, le sonrío y le suelto:



–Prepárate, tío, porque ya sé qué podemos hacer. Y te aseguro que será algo flipante.

Musti se queda mirándome con cara de incrédulo y dice:

–¿Ah, sí? Pues suéltalo, colega.

–Es muy sencillo: por la noche entramos en la escuela y organizamos el caos más terrorífico que haya conocido jamás la humanidad. Provocaremos tal desorden que pensarán que una panda de demonios y espíritus maléficos han montado una fiesta en el comedor.

–¡Eso suena fantástico, tío! –me responde Musti, con el mismo tono de indiferencia que si le hubiese propuesto ir a dar de comer a los patos.



-Venga, Musti, no seas tan palurdo. Si hacemos lo que te digo, mañana habrá un jaleo de miedo. Casi todos se pondrán a gritar y saldrán corriendo pensando que se trata de magia negra. Y a los que queden, el director tendrá que enviarlos a casa. En resumen: que se suspenderán las clases y podremos seguir de vacaciones. ¿No es genial?

-Claro, tío. Pero ¿quieres que te diga qué pasará? Que tu plan será un fracaso y volveremos a estar con el agua al cuello. ¡Eso es lo que pasará, tronco!

-¡Pues menuda gracia! ¿Eso quiere decir que no puedo contar contigo?

-Claro que puedes, pero te lo tenía que decir igualmente.



Sin duda, también molaría entrar en una tienda de animales, coger todas las bestias más venenosas y soltarlas en la escuela. Por ejemplo, unos cuantos escorpiones en el lavabo, tarántulas en la sala de profesores y una preciosa anaconda en el comedor.



Así pues, ponemos en marcha nuestro plan. Hacia la medianoche saltamos la entrada de la escuela y nos metemos por el patio sin hacer ruido. Puede que no lo haya dicho, pero nos hemos disfrazado y parecemos dos ninjas enviados por un príncipe japonés para cargarnos al emperador; vamos vestidos de negro de arriba abajo y nos hemos cubierto la cara con máscaras. No obstante, a la espalda, en lugar de espadas llevamos dos mochilas bien cargadas.

La verdad es que Musti, más que un ninja parece un luchador de sumo. Tiene un aspecto más o menos japonés, pero no es en absoluto peligroso.

Y eso podría convertirse en un problema.

Musti tiene la misma edad que yo, quince, pero debe de pesar el doble, no sé cuánto, y por eso le pregunto en voz baja:

-Eh, Musti, espera un momento.

-¿Qué pasa, tío? -susurra.

-¿Se puede saber cuánto pesas?

-No lo sé, tío. La báscula siempre se rompe cuando subo.

-Venga, calcula.

-Cincuenta.



-¿Cincuenta qué? ¿Toneladas? ¡Vamos, no te pases! ¡Tú no pesas cincuenta kilos ni de coña!

-¡Hombre, a lo mejor son cincuenta y dos, yo qué sé!

-¡Flipo y reflipo! ¡No me creo nada! Es igual, tenemos que cambiar de plan –decido.

-¿Por qué?

Le enseño la cuerda y el gancho que llevamos. La idea era lanzar el gancho a la cornisa y subir por la cuerda hasta el primer piso. En el primer piso abriríamos una ventana y nos meteríamos en una clase.

Pero eso es imposible, acabo de darme cuenta. La cuerda no aguantaría el peso de Musti. Ninguna cuerda del mundo lo haría.

-Ya veo, tío, pero no hay problema –dice de buen humor-. Nos volvemos a casa, comemos algo y nos olvidamos de todo esto, ¿vale?

-¿Ya te ha entrado el canguelo?

-No. Sí. No sé. Quizá sí.

-¡Pues vaya! –le digo, sonriendo-. Entonces, ¿qué?



-Ya se nos ocurrirá otra forma de entrar en la maldita escuela.

-¡Ahora sí que sí! –exclamo, sonriente, levanto la mano, y Musti me corresponde con una buena palmada.